

Ruta literaria

El Maestrante.
Armando Palacio Valdés



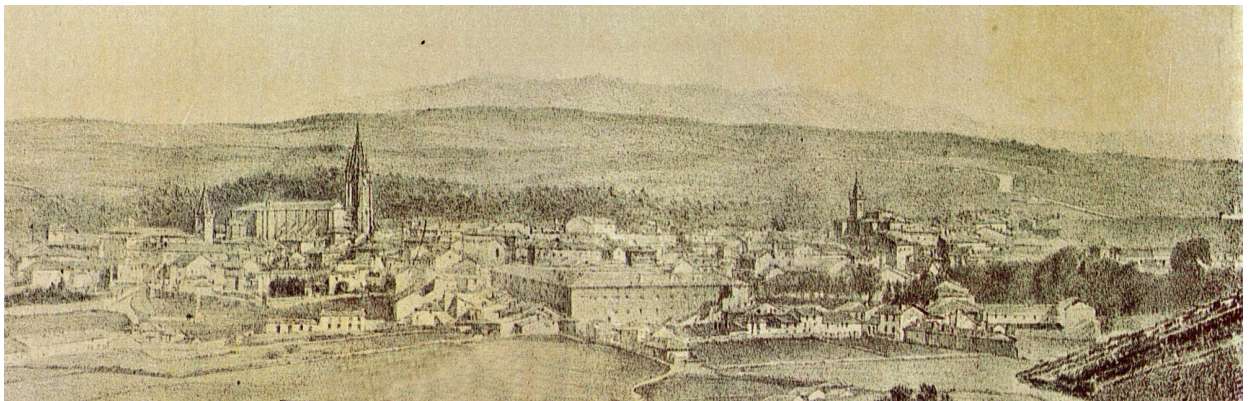
Red de Bibliotecas Públicas Municipales

Ayuntamiento de Oviedo



Lancia

Lancia, como capital de provincia, aunque no de las más importantes, es población donde ya en 185... se había aprendido a trasnochar. Pero la gente se metía desde primera hora en algunas tertulias y sólo salía de ellas a las once para cenar y acostarse.” (p. 25)



Oviedo vista desde el Naranco. Grabado de 1850. Tomada de:
<https://www.facebook.com/arquitecturadeoviedo?fref=ts>

La capital de Asturias no ofrece apenas, en su aspecto material, nada que pueda fijar la atención y hacerla interesante. Asentada sobre el lomo de un verde collado, sus contornos son bellos, como lo es toda la provincia, pero sin relieve; las calles, en general, estrechas e irregulares, el caserío mezquino con pocos edificios notables que lo decoran (...) Sus iglesias distan mucho de ser joyas artísticas como las de León y Toledo. Su misma catedral, de estilo gótico, ni por su magnitud ni por la riqueza de sus ornamentos, sale de lo común en esta clase de templos.¹

¹ *La novela del novelista*, p. 224

² Textos de la edición: PALACIO VALDÉS, Armando. *El Maestrante*. Oviedo: GEA, 1993.

La Granja

(No se sabe exactamente su ubicación, Carmen Ruiz Tilve siempre hablaba de las proximidades a Santullano)

La finca estaba situada en la pendiente de la misma suave colina donde está asentada Lancia. A espaldas de la casa se encuentra el bosque, que le priva de la vista de la ciudad. Así que con hallarse tan próxima parece que se está a cien leguas de ella, en la amable soledad del campo. Al mismo tiempo la protege contra los vientos del Norte y del Oeste, dejándola solamente abierta a las templadas y benéficas corrientes que vienen del Mediodía y del este. No llegan hasta allí los ruidos de la población. Tan solo las campanas de la catedral suenan a ciertas horas del día dulcemente amortiguadas por la distancia. La carretera general va por detrás del bosque. Otra pequeñita, que arranca de ella, la pone en comunicación con la quinta. No hay en ésta, como ya sabemos, ningún parque a la inglesa o a la francesa, ni jardincitos ni cascadas, ni grutas artificiales. Es una finca mitad de recreo, mitad de labor. Primero el bosque, luego la casa con su corrada; después un jardín vasto y abandonado; enseguida praderas inmensas que se extienden por la falda de la colina y llegan hasta el río.... (p. 188-189)²

La casa era un grande y vetusto edificio de piedra amarillenta carcomida por los años, con dos torrecillas cuadradas a los lados. Todo en ella estaba podrido o deteriorado. En la escalera faltaban rejas, lo mismo que en los balcones, la bóveda de las habitaciones descascarillada, los tabiques resquebrajados, el tillado con agujeros, los cristales, emplomados a la antigua usanza, tan llenos de polvo que apenas consentían ver al través de ellos; las paredes sucias también y de ellas colgaban algunos cuadros oscuros, tan oscuros que no se conocía lo que el pintor había querido representar; las habitaciones, con pocos y antiquísimos muebles maltratados por el uso de las generaciones anteriores. (p. 122)

El bosque admiró y entusiasmó a la dama por encima de todo. Era una masa de robles añosos donde no penetraba jamás un rayo de sol. El suelo estaba limpio de abrojos, tapizado de césped que convidaba a reposar. Ninguna otra finca de recreo de la provincia poseía aquel regalo, procedente quizá de la primitiva selva donde se había fundado el monasterio que dio origen a Lancia. (...) (p. 121)

² Textos de la edición: PALACIO VALDÉS, Armando. *El Maestrante*. Oviedo: GEA, 1993.

Paseo del Bombé



Foto Archivo Municipal de Oviedo. Colección digital Oviedo en blanco y negro.

Era un paseo amplio en forma de salón, recién construido en lo alto del famoso bosque de San Francisco, desde donde se señoreaba todo. Este bosque de robles corpulentos, añosos, algunos de los cuales pertenecían a la selva primitiva donde se fundó el monasterio que dio origen a Lancia, servía de sitio de recreo y esparcimiento a la población, hasta cuyas primeras casas llegaba. Permaneció siempre en lamentable abandono; pero la última corporación municipal había llevado a cabo en él magnas reformas que la habían valido los aplausos de los espíritus innovadores: un paseo, algunos jardincillos alrededor y una calle enarenada entre los árboles que le ponía en fácil comunicación con la ciudad. Los días de labor no paseaban por él más que algunos clérigos con sus largos manteos negros y enorme sombrero de teja, llevando a algún seglar en medio, dos o tres pandillas de indianos disputando en voz alta sobre el precio de los cambios o el valor de los solares de la calle Mauregato, recién abierta (....) Ninguna dama de Lancia cometía la bajeza de presentarse en el Bombé los domingos mientras no estuviesen paseando en él algunas otras de su categoría. De aquí que, aderezadas ya desde las tres de la tarde, con el sombrero y los guantes puestos, aguardasen al pie de los balcones, espíandose las unas a las otras por detrás de los visillos. (p. 136-137)

Busto Armando Palacio Valdés

Con motivo del centenario del nacimiento del escritor asturiano, el Ayuntamiento descubre en el Campo un busto en piedra obra de Gerardo Zaragoza para rendir homenaje al autor de *El Maestrante* que había también vivido en Oviedo y que en 1929 había sido nombrado Hijo adoptivo de la ciudad. La primera ubicación del busto fue en la pradera que separa el Bombé de la actual plaza del general Ordóñez, donde en la actualidad se encuentra una escultura homenaje al pintor Paulino Vicente.

En 1985 el pleno municipal acepta la petición de la Unión de Comerciantes de trasladarlo al pequeño jardín que existe en la calle que lleva su nombre. En la actualidad, vuelve a estar colocado en el Campo San Francisco en el Paseo de la Rosaleda.

La Universidad

Lugar donde Armando Palacio Valdés estudió Bachiller, por aquel entonces estos estudios se llevaban a cabo en el edificio histórico de la Universidad.

Casa de Comedias

Palacio Valdés, gran aficionado al teatro acudía frecuentemente a ver representaciones teatrales, en muchas ocasiones junto a su amigo Clarín.

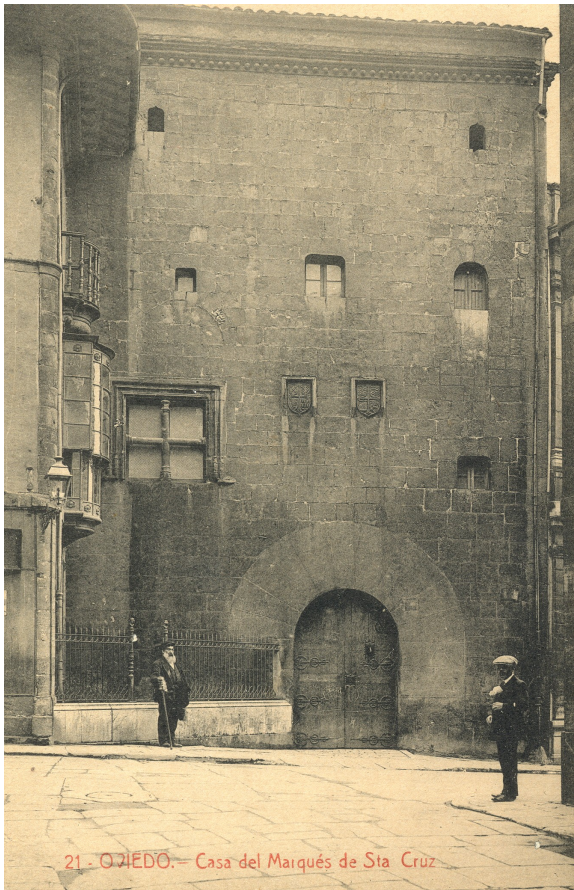
Casa de las Meré

Tres o cuatro generaciones habían pasado por aquella salita de la calle del Carpio, modesta y aseada, con el pavimento de madera encerada, sillas de pajas, sofá de damasco encarnado, cómoda de caoba atestada de chirimbolos, espejo con marco de carey y diversos cuadros al pastel representando la historia de Romeo y Julieta. La tertulia de las Meré era la más antigua de Lancia. Contra lo que acaece generalmente, estas mujeres que no pudieron hallar marido tenían la manía de casar a todo el mundo. El número de matrimonios que salieron acordados de aquella salita es incalculable. En cuanto advertían que un muchacho se acercaba a cualquier muchacha más que a las otras, ya estaban nuestras señoritas preparando los hilos para unirlos con lazo indisoluble (...) Todas las madres de niñas casaderas las adoraban (...) en cambio, las que tenían algún hijo varón en edad de casarse solían mirarlas con recelo y antipatía. (p. 153)

Calle Cimadevilla

Y cuando alguna vez voy a Oviedo y atravieso la calle de La Magdalena o Cimadevilla, me detengo conmovido, y me digo: Aquí fue donde Leopoldo Alas me demostró que coaligarse era una palabra bárbara traducida del francés, y que se debe decir coligarse”³

Palacio del Conde Onís



El palacio de los condes de Onís merece especial mención en esta historia. Es un edificio antiquísimo, el más antiguo de la ciudad en unión de algunos restos de la primitiva basílica que aún quedaban en pie. No se había salvado otra cosa del horroroso incendio que en el siglo XIV había destruido la población. Su aspecto más era de fortaleza que de mansión. Pocas y estrechas ventanas cortadas por columnas

³ *La novela del novelista*, p. 279

de piedra, distribuidas caprichosamente por la fachada; una pared lisa de piedra, ennegrecida por los años; algunos agujeros cuadrados cerca del techo, a guisa de aspilleras; una gran puerta de medio punto reforzada con grandes clavos de acero. Por dentro era inmensa y tenía más alegría. El patio ancho, más ancho que la calle. Por la parte trasera la luz del mediodía bañaba sus ventanas. Los árboles de la huerta metían las ramas por ellas, sirviendo de fresca cortina para templar sus rayos. El conjunto de aquel vetusto caserón ofrecía misterio y encanto singulares para los lacienses dotados de imaginación (...) Su fachada (...) daba a la calle de la Misericordia, una de las más céntricas de la ciudad. Una de las ventanas, quizá la más ancha, enfilaba la calle de Cerrajerías, y por ella se veía la catedral lejos. (p. 86-87)

Calle Santa Lucia y Casa de Quiñones León

El viento soplaba más recio en la travesía de Santa Bárbara que en ningún otro paraje de la población. Esta vía abierta entre el palacio del obispo y las tapias de un patinejo de la catedral, donde viene a caer la cadena del pararrayos, pasa a su terminación por debajo de un arco y forma lóbrego recodo en que el huracán se encalleja y clama y se lamenta en noches tan infernales como la presente. (p. 26)

La calle Santa Lucía, con ser de las más céntricas, es también de las más solitarias. Esta cerrada en su terminación por la base de la torre de la basílica, esbelta y elegante como pocas en España, y sólo sirve de camino ordinariamente a los canónigos que van al coro y a las devotas que salen de misa de madrugada. En esta calle, corta, recta, mal empedrada y de viejo caserío, se alzaba el palacio de Quiñones de León. Era una gran fábrica oscura de fachada churrigueresca, con balcones salientes de hierro. Tenía dos pisos, y sobre el balcón central del primero un enorme escudo labrado toscamente y defendido por dos jayanes en alto relieve tan toscos como sus cuarteles. Una de las fachadas laterales caía sobre pequeño jardín húmedo, descuidado y triste cerrado por una tapia de regular elevación; la otra sobre una callejuela aún más húmeda y sucia abierta entre la casa y la pared negra y descascarillada de la iglesia de San Rafael. Para pasar del palacio a la iglesia, donde los Quiñones poseían tribuna reservada, existía un puente o corredor cerrado, más pequeño, pero semejante al que los obispos tienen sobre la travesía de Santa Bárbara. (p. 27-28)

Casa familiar

Por delante formaba con otras una rinconada o plazoleta: algunas callejuelas venían a desembocar; estaba rodeada de vecinos que vivían como en familia, hablándose desde los balcones. Por detrás tenía mayor elevación y las vistas sobre el campo; había mucho aire, mucha luz y mucho silencio. Era íntima, familiar y gárrula, como una vieja comadre por delante; era grave y luminosa, por detrás, como una deidad.

Guarda aquella casa todos los recuerdos de mi adolescencia. En su despacho bañado por el sol y por el aire puro de los campos soñé poemas divinos; allí la voz de la naturaleza hizo latir mi corazón; allí cantaron en mi alma mil ruiseñores armoniosos; allí se disiparon las nieblas en que se envolvía mi infancia; allí una extraña y nueva vida oprimió mi pecho inflamándolo con un fuego sutil y misteriosos; allí estudié las conjugaciones de los verbos latinos regulares e irregulares y aprendí a extraer la raíz cúbica de los números.

La encrucijada o plazoleta donde nuestra casa se hallaba situada, hervía de molzabetes enamorados, ninguno de los cuales pasaría de diez y ocho años.⁴

Ruta y textos seleccionados: *Chelo Veiga*, Bibliotecaria-Documentalista, *gracias a las enseñanzas de Carmen Ruiz-Tilve*

⁴ *La novela del novelista*, p. 238-244